
ESCRIBIR CON LUZ

HÉCTOR GARCÍA
PRESENTACIÓN
JUAN DE LA CABADA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

ÍNDICE

HÉCTOR GARCÍA: PUEBLO Y FOTÓGRAFO JUAN DE LA CABADA

5

ESCRIBIR CON LUZ

- Diego Rivera.** San Ángel, México, D. F. 1956
15
- José Clemente Orozco.** México, D. F. 1945
17
- David Alfaro Siqueiros.** Lecumberri, México, D. F. 1960
19
- Los fantasmas de Palacio.** México, D. F. 1966
20
- Fiesta del "grito" en el Zócalo.** México, D. F. 1954
21
- Muñecas.** México, D. F. 1946
22
- Besamanos.** México, D. F. 1947
23
- Navidad en la calle.** México, D. F. 1948
24
- Entre el progreso y el desarrollo.** México, D. F. 1950's
25
- Ventana de las ansias.** México, D. F. 1949
26
- En San Juan de Letrán.** México, D. F. 1951
27
- Cilindrero.** México, D. F. 1940's
28
- Prometeo.** México, D. F. 1940's
29
- El gallito.** México, D. F. 1954
30
- Niño en el vientre de concreto.** México, D. F. 1952
31
- Candelaria de los Patos.** México, D. F. 1965
32
- Candelaria de los Patos.** México, D. F. 1965
33
- Fundidores de Monclova.** Coahuila, 1963
34
- Cargadores y diablos.** México, D. F. 1971
35
- Madrugada guadalupana.** La Villa, México, D. F. 1964
36
- Policia embosado.** México, D. F. 1958
37
- Fe aprisionada.** Catedral de México, D. F. 1947
39
- Movimiento vallejista.** México, D. F. 1958
40
- Caballo de Troya dando jaque.** México, D. F. 1958
41
- Movimiento vallejista.** México, D. F. 1958
42
- Movimiento vallejista.** México, D. F. 1958
43
- Movimiento vallejista.** México, D. F. 1958
44
- Movimiento vallejista.** México, D. F. 1958
45
- Movimiento vallejista.** México, D. F. 1958
46

Movimiento vallejista.	México, D. F. 1958
47	
Movimiento vallejista.	México, D. F. 1958
48	
Movimiento vallejista.	México, D. F. 1958
49	
Niño cañero.	Morelos, 1955
51	
La verónica.	Estado de México, 1972
52	
Cartucho quemado.	Morelos, 1970
53	
Nezahualcóyotl.	Estado de México, 1959
54	
Judas de Iztapalapa.	México, D. F. 1979
55	
Paso a la luz.	Campeche, 1963
56	
Primera comunión.	Cholula, 1973
57	
Ojo insólito.	México, D. F. 1956.
58	
Mujeres tepehuanas.	Durango, 1978
59	
Ángeles.	Yucatán, 1963
60	
Penitente.	Yucatán, 1963
61	
La carga del henequén.	Yucatán, 1965
63	
Semana Santa cora.	Nayarit, 1969
65	
Sábado de Gloria cora.	Nayarit, 1969
66-67	

HÉCTOR GARCÍA: PUEBLO Y FOTÓGRAFO

“En San Antonio Tomatlán me verán mis valedores...”

Viene hacia mí tarareando, remecido el corpachón —casi al trote como siempre y con su cámara colgante del hombro— Héctor García.

—Ahora sí no te me escapas —pienso vertiginoso, mientras llega, y añado—: Si yo fuese un sujeto agradecido hace mucho que hubiera hecho un retrato suyo, correspondiendo a los tantos que de mí ha hecho él; pero esta es una ocasión única, irremplazable. ¡No debo perderla! —y freno el paso para ganar tiempo a la vez que mi memoria me orienta y tomo posesión neta del momento y lugar por donde ahora tan distraído andaba yo. Pasé ante la nueva Cámara de Diputados; al poniente, allí, la vieja iglesia de La Candelaria de los Patos, “donde aún”, me susurra la voz de un amigo, “se levanta el fantasma entrañable de la Nana Tonantzin; pedazo de laguna tijereada, espejo humeante, ojo del cielo, aguas para lavar las angustias de nuestros maceguals”. Han desaparecido ya la estación de autobuses *Cristóbal Colón*, la fábrica de conservas *Clemente Jacques*; la antigua bomba de aguas negras... y se alzan, recién pintadas, nuevas unidades habitacionales sobre las calles rotas y sucias de La Candelaria y San Antonio Tomatlán... ¡Oh, esos días luminosos, o aquellos de lluvia para todos. Persiste su rumor en el desfile nostálgico del andén al par de vías, durmientes, linternas, estopa, grasa, botas duras, añil de overoles, azules camisas de lunares o parduzcas a rayas, rojos paliacates al cuello y las cachuchas de mezclilla o cuero negro! ¿Cuándo pasó el transitar aquel con esos renegridos aceros del *perico*, de la llave Stilson en mano? ¿Y dónde la casa redonda? ¿Y las locomotoras a vapor?

—Aquí, de Puebla, señoras y señores, llegué yo a la estación ferroviaria de San Lázaro, en los primeros días del mes de diciembre de 1923. Por este barrio acababa de nacer el artista fotógrafo Héctor García, que hoy se acerca y, efusivos, nos saludamos.

—¿Qué hay, cuate?

—¿Pos qui'ubo, vale?

—Nada, que me piden un texto sobre tu obra.

—¡Pues a darle!

—Eso digo, pero una garantía de absoluto realismo, sinceridad e interés, impone que de alma y cuerpo me hables tú.

—Como quieras, ¿cuándo comienza el detalle?

—En seguida, vamos a sentarnos allí. No conviene alejarnos del ambiente.

Nos sentamos.

De la plástica, Héctor (no yo) creará esta presentación.

No la califique nadie de reportaje o entrevista. El objeto de mi papel se reduce tan sólo a transcribir un fiel autorretrato del mismo Héctor García, parte alícuota de nuestro pueblo, grande artista siempre y fotógrafo de prensa cotidianamente, por lo cual me honra que hayamos realizado juntos algunos trabajos periodísticos. No será ésta, por tanto, la primera vez que aventure algún juicio sobre su obra. Referente a una exposición de la revista *Ojo*, de la que fue director y fotógrafo exclusivo, dije a su tiempo:

...Así, por lo alado, vivo, veloz que caracteriza el sabor de plena intención realista en el arte genial del fotógrafo Héctor García, la dinámica *Ojo*, donde siempre la verdad rebate a toda mentira mercenaria, es digna de conocerse y hacerla perdurar, siquiera dentro, paradójicamente, de los quietos ámbitos de antologías y museos, como uno de los magnos exponentes de cultura contemporánea del *género de la luz* en el dominio de las artes plásticas.

Pero esto ya va contrariando el propósito singular de esta presentación. Volvamos pues, al diseño inicial del autorretrato:

—Héctor, ¿a qué atribuyes tus primeras inclinaciones de afición a la fotografía?

—Desde luego a la pobreza y zozobras de mi existencia en mis más tiernos años —comenzó—. Verás. Dentro del cuarto que habitábamos en un patio de vecindad de la calle Juan de la Granja, por este barrio de La Candelaria de los Patos, me dejaba mi madre amarrado a una de las patas del catre para que no saliese yo a la calle. No había ventanas: en tinieblas me quedaba íngrimo, chilla y chilla, dolido y enrabiado, hasta que de fuera venían las primeras voces de la mañana y entre las rendijas y hoyos de la puerta la luz iba violando la sombra que a su turno espesaba la claridad que ofrecía un interminable desfile de figuras agrandadas como a través de cristales de aumento, con lo cual calmábanse mis berridos y quedaba extasiado. Veía, pues, a mi vecino Pancho y demás chamacos travesando libres por el corredor de la vecindad, o al cargador que cruzaba con sus costales a la espalda, el pregonero de la miel. En fin, toda la vecindad proyectada en la pared: vendedores ambulantes, acarreo del agua, pleitos... ¡El diario íntimo del vivir colectivo a grito pelado! Llega mi madre, cocina el sustento al soplar la lumbre que chisporrotea en su anafre de carbón.

”Por las noches, fuera del cuarto se hacía con ramas y leña una fogata, y nunca faltó un viejo que contara historias de brujas y aparecidos. Las llamas agigantan las imágenes truculentas que prodiga la cascada voz del viejo. Pero la realidad es más terrible al surgir rencillas y blandir puñales que orillan a sangre y muerte.

”Todo esto y las fiebres palúdicas, propias de La Candelaria de los Patos, llenan las noches en que con espanto delira el niño.

”No es vana la mención de aquellas fiebres ni la del espanto —añadió—, pues de allí provino mi temprana educación acerca de los valores del juego de la luz, y durante largo tiempo en la matriz (la cámara oscura) que fue siempre aquel cuarto (mi casa) desde el amanecer hasta la noche, cuando al efecto de una vela encendida o la flama de un ocote de resinoso humo negro se agigantaban los volúmenes proyectados en la pared y desplegabánse terroríficos, alucinantes, frente a la trayectoria de miseria que fue toda mi niñez. Jamás me habitué yo a esa vida que aún persiste con pavor en mi memoria; la sola emoción enternecedora de aquellos recuerdos es la de sentirme sollozar junto a mi madre: lloraba ella, llorábamos los dos y sus lágrimas cálidas, acariciantes, empapaban mi rostro como un bálsamo. El único escape de aquella realidad habría de consistir en un cajón lleno de libros abajo del camastro; mi madre me los trajo en ocasión del Día de Reyes o de mi cumpleaños tal vez: *El Periquillo Sarniento*, *Las mil y una noches*, *Los tres mosqueteros*, *20 000 leguas de viaje submarino*, *Viaje al centro de la Tierra*, *De la Tierra a la Luna*, *Cuentos del hogar*, *La cenicienta*, *El patito feo*, *Pulgarcito*, *Caperucita roja*, *El gato con botas*, *Barba azul*, *Pinocho*... y no sé cuantos otros. Mi madre me enseñó a leer, provista de una conminante reata en mano, para luego cantar sus arias de ópera, trozos de zarzuelas o recitar pasajes de comedias. En realidad, así, mi madre andaba procurándome alas para que al vuelo huyese yo de aquella situación de ‘La Candelaria de los Patos’. Por ese tiempo platicaba de cuando conoció a mi padre; a la sazón trabajaba de taquillera en un cine de por las calles del Carmen. Me acuñó la imagen de mi progenitor como un sello que produjese a un caballero de buenos modales pero de ideas que no lograba ella entender, pues había él renunciado a una cuantiosa herencia y ni siquiera contaba, en cambio, con un hogar fijo, y no poseía más que una pequeña imprenta que siempre cargaba dentro de una maleta. Se pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo, imprimiendo y repartiendo volantes, y a menudo se ausentaba de la ciudad.

”En adelante la diversión más grande —prácticamente única— para mi madre, y yo, fue el cine; un cine salpicado de variedades propias de aquel entonces, de fantasías moralistas. Entrábamos a la una o dos de la tarde, provistos de tacos y tortas para comer, y salíamos hasta las diez de la noche. Así asistí al nacimiento del *cine sonoro*.

En algunas ocasiones mi madre me llevaba al mercado de La Candelaria de los Patos, un enorme basurero donde todos los desperdicios de la ciudad volvían a tener uso: ropa vieja, muebles, algunos bien habidos y otros hurtados o hijos de la infracción al séptimo mandamiento. Mi madre me compraba pedazos de rollos de película y yo armaba mis cines mediante cajas de cartón, y con velas daba funciones en la carbonería. En veces alquilaba una bicicleta para un cuarto de hora o media hora y la